

Bajo Tierra

Al finalizar la más larga de las pandemias mundiales, iniciada en diciembre del 2019, la ciudad de Buenos Aires se tornó insostenible para la vida humana. Lentamente la capital comenzó a volverse ruinas. Animales y plantas, en todas sus especies, fueron los únicos seres vivos que quedaron habitando la superficie. El hombre, culpable y creador de la ciudad subterránea, vive ahora en tinieblas, en lo más oscuro de las profundidades.

Los rayos solares ya no se resisten. Quema, arde, duele. Por alguna razón, aún inexplicable, los únicos que lo padecen son los seres humanos, mientras que los animales y las plantas lo disfrutan y comienzan a conocer sus libertades mutiladas. Fue así que el hombre, super-viviente por excelencia, supo entonces que era momento de conquistar un nuevo mundo: el mundo bajo tierra. Solo allí podría seguir respirando, tener cierto futuro, solo allí podría seguir viviendo, aunque vivir se tornara un encierro constante.

Conquistar el espacio subterráneo se convirtió en la nueva orden. Si bien no fue nada fácil, sabíamos que la vida debía continuar como sea y claro, lo logramos: de a poco fuimos dominando ese lugar.

En la ciudad subterránea, grandes tubos verticales conectan las profundidades con el mundo exterior. Son las nuevas *calles*, el nuevo espacio público que distribuye a cada vivienda. Cada tubo vertical tiene un óculo acristalado que permite el ingreso de una escasa luz cenital, la justa y necesaria. Ahora vivimos hacinados entre el olor a tierra, el polvo y las tinieblas. Todo es oscuro y asfixiante. Bajo tierra el tiempo ya no existe, entre ecos de soledad vivimos contando días.

A la superficie, solo subimos en un rango horario determinado, en el cual desciende unos grados la temperatura, aunque eso no es suficiente. Para salir se necesitan cascos y trajes especiales, y aun así corremos riesgos: nos transformamos en verdaderos astronautas para navegar la antigua ciudad.

Y si se preguntan, ¿Por qué salimos a la superficie cuando la nueva vida yace por debajo del nivel cero? ¿Por qué seguir insistiendo con ese viejo mundo que ya no nos pertenece y al cual no pertenecemos? Quizás sea melancolía, quizás insistencia, quizás porque aún no nos convencemos de que, no solo fuimos el lobo del hombre, sino el lobo de todo. Mientras tanto, aquí abajo, sólo nos resta esperar y refugiarnos en la eterna oscuridad de nuestro acabado futuro.